



Mujeres en las oficinas. Trabajo, género y clase en el sector administrativo (Buenos Aires, 1910-1950) de Graciela Amalia Queirolo

(2018) Buenos Aires, Biblos, 270 pp.

M. Paula Bontempo

Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

Contacto:

paulabontempo@yahoo.com.ar

En octubre de 1935, *Vosotras*, semanario femenino relativamente nueva en el mercado, manifestaba que estaba destinada a aquellas “(...) que cruzáis la ciudad afanada por llegar a las cuatro paredes de la oficina, aquella de vosotras que, después de deteneros ante las vidrieras tentadoras, volvéis al hogar dilatadas vuestras pupilas con un nuevo color y una forma nueva (...)”.¹ La novedad de esta editorial radicó en que se dirigía –además de las amas de casa y “mujeres modernas”, consabido público de este tipo de revistas– a las trabajadoras de oficina, que vivían en los barrios, que se trasladaban desde allí al centro y que se paraban a observar y, quizás comprar, las novedades que ofrecían los diversos locales. Esas mujeres, mencionadas en diversos trabajos historiográficos, pero escasamente colocadas en el centro de la escena de una ciudad que había expandido no solo su cantidad de habitantes, sino también sus actividades comerciales, son las protagonistas del libro de *Mujeres en las oficinas. Trabajo, género y clase en el sector administrativo (Buenos Aires, 1910-1950)* de Graciela Queirolo.

Producto de una investigación de largo aliento, que incluye numerosos artículos y una tesis doctoral que recibió la mención honorífica del premio otorgando por la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social (ALIHS), *Mujeres en la oficina...* cruza,

¹ *Vosotras*, 4 de octubre de 1935.

en un sólido trabajo, los temas “clásicos” de la historia social –es decir los trabajadores, los sindicatos y la clase– con la perspectiva de género. De esa intersección, nace un libro sobre las trabajadoras administrativas que, a lo largo de cinco capítulos, aborda el lugar de estas actividades en el mundo del trabajo; los espacios laborales, es decir la oficina y la materialidad del trabajo dentro de las “cuatro paredes” como describe *Vosotras*; la educación formal y la capacitación informal que posibilitó que los y las trabajadoras adquirieran las habilidades requeridas; los sindicatos que los y las representaban y las miradas culturales y mediáticas de una actividad que fue tanto banalizada como interpretada en clave de explotación.

Una noción fundamental atraviesa la obra de Queirolo. A modo de hilo conceptual, la idea de la “paradoja de la empleada” enhebra los temas mencionados anteriormente al mismo tiempo que les da sentido, los cuestiona, los complejiza y les otorga densidad analítica. El concepto es la síntesis de dos cuestiones que, en tensión, atravesaron a las empleadas de escritorio. Por un lado, la ventaja distintiva que implicaba haber adquirido una capacitación profesional, que prometía movilidad social, una carrera laboral y prestigio. Porque para ocupar algunos de los empleos de oficina, y sobre todo para alcanzar el puesto de secretaria, se requería no solo la educación básica brindaba por el Estado a través de la red de escuelas primarias, sino también habilidades técnicas y comerciales como la mecanografía, estenografía, teneduría de libros y contabilidad. Si bien existían escuelas comerciales de nivel secundario públicas, donde podían adquirirse estos conocimientos, la gran mayoría de las mujeres, y también hombres, no logró acceder a estas instancias de educación formal. De esta manera, para alcanzar la capacitación profesional que se necesitaba para trabajar en un escritorio, mujeres y hombres tuvieron que recurrir a las diversas alternativas de instrucción informal. Desde la asistencia a las escuelas profesionales dependientes del Estado –anexas a las de nivel secundario– y los cursos brindados por instituciones gremiales, partidarias y confesionales hasta las opciones ofrecidas por el mercado, como la educación a distancia por medio de correspondencia –que comenzó a proliferar en las primeras décadas del siglo veinte– o los establecimientos y academias privadas barriales, entre ellas la conocida Pitman.

Por otro lado, las ventajas distintivas que brindaba esta instrucción específica, que prometía acceder a trabajos mejor remunerados y simbólicamente más jerarquizados que, por ejemplo, el de la trabajadora doméstica u obrera,

fueron acompañadas de la inequidad laboral. Siguiendo a la autora, esta fue producto de concepciones que entendieron la realización de las tareas administrativas como una prolongación de las supuestas cualidades domésticas y maternales; y que, además, entendieron que la entrada de la mujer al mercado de trabajo era de carácter excepcional, impulsada por la necesidad económica. De esta manera, la excepcionalidad del trabajo femenino fue uno de los argumentos más importantes para calcular salarios inferiores respecto al de los hombres –incluso en ocupaciones feminizadas, por ejemplo las de “escritorio” como se analiza en el libro– desalentando, al mismo tiempo, su participación en el mercado. La investigadora advierte que, aun cuando permanecieran en este y lograran cierta movilidad ocupacional, las mujeres no llegaron a acceder a puestos que les hubiera permitido alcanzar salarios más altos y, mucho menos, a posiciones jerárquicas o de conducción. Así, la inequidad laboral operaba bajo tres mecanismos: la brecha salarial, la segregación horizontal y la segregación vertical.

A través de la “paradoja de la empleada”, portadora de las ventajas distintivas y de la inequidad laboral, Queirolo realiza un aporte sustantivo no solo a la historia laboral –particularmente a aquella centrada en el mundo del trabajo femenino, que había tenido como sujeto de estudio privilegiado a las obreras–, sino también a la que aborda la “clase media”, cuestión que se ha visto revitalizada en las últimas décadas. La autora indaga profunda y analíticamente en la identidad social de las oficinistas y las ubica con las clases trabajadoras advirtiendo que dicha identidad estuvo condicionada por los mecanismos señalados anteriormente donde la inequidad laboral, entre ellas la imposibilidad de desarrollar una carrera laboral ascendente, puso en cuestión las ventajas distintivas adquiridas a través de la capacitación profesional. Capacitación que era un requerimiento del mercado laboral, junto con otros como la “buena presencia”, y que incluyó a estas mujeres en un proceso de profesionalización. Y esta última cuestión, la profesionalización de actividades que no habían sido consideradas como “profesiones” constituye otra contribución historiográfica desde la mirada sensible y rigurosa de la autora.

Sin duda este libro contiene muchas aristas, hipótesis, ideas y que cada uno de sus capítulos introduce no solo debates sobre la cuestión que aborda sino también una mirada propia sostenida por una riqueza de fuentes. De esta forma, cuando los censos no alcanzaron para explicar el ingreso, o no, de las

mujeres al mercado del trabajo, la autora recurrió a los clasificados; cuando los manuales de la Academia Pitman se agotaron en información acudió a las publicidades; y cuando las ideas en las revistas femeninas sobre el trabajo en las “cuatro paredes de la oficina”, como señalaba *Vosotras*, se transformaban en liberador u opresor –como en tres líneas combinaba el popular semanario– la autora se valió del humor y la literatura. Así, esta obra es de consulta obligada para quienes se preocupan por la historia del trabajo, de las mujeres y los estudios de género, de la clase, de las profesiones al mismo tiempo que para aquellos que se interesan en el campo cultural, en los medios y en las representaciones. Finalmente, *Mujeres en las oficinas...* les otorga encarnadura a las lectoras de *Vosotras* y nos acerca a las mujeres de la primera mitad del siglo veinte.